2298

Luis Linares Becerra
Javier de Burgos



# Como las flores

Paso de comedia en un acto
y en prosa, original.

Copyright, by Linares Becerra y J. de Burgos, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
**Núñez de Balboa, 12**

1909

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/comolasflorespas29812lina

# COMO LAS FLORES

A Pepe Gil

26 XII-9

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# COMO LAS FLORES

PASO DE COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS LINARES BECERRA y JAVIER DE BURGOS

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 16 de Octubre de 1909



MADRID

G. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

*Teléfono número 551*

1909

A LOS SEÑORES

D. Cándido Lara

y D. Eduardo Yáñez

*en testimonio de gratitud.*

*Linares Becerra.*

*Javier de Burgos.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| JOSEFINA.......................... | Sra. Ortiz. |
| CLOTILDE, amiga de la anterior...... | Srta. Pardo. |
| ALBERTO.......................... | Sr. Puga. |
| DON FLORO, padre de Josefina....... | Rubio. |
| DON DEOGRACIAS, mayordomo de confianza.......................... | Mora. |
| CARLITOS, primo de Clotilde......... | Manrique. |
| FRANCISCO, criado de la casa........ | De Diego. |

---

La acción en una finca de campo, próxima á Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

669586

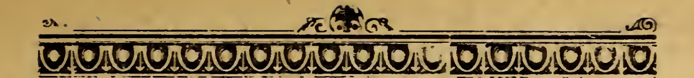
# A la compañía de Lara

---

Nosotros os debemos el éxito de Como las flores. Nunca con mayor propiedad se puede decir que habéis bordado una comedia. Tal fue vuestra labor, que el público olvidó por sus primores, lo modesto del cañamazo sobre que fue urdida.

Sra. Ortiz, Srta. Pardo, Sres. Rubio, Puga, Mora, Manrique y De Diego: muchas gracias.

*Los Autores.*



# ACTO UNICO

Decoración de jardín. Todos los términos son practicables. A derecha é izquierda, rompimientos de arboleda. En el centro, un velador rústico con un sillón de mimbre á cada lado. A la derecha, un banco de jardín. Mucho sol, mucha vegetación y muchas flores.

## ESCENA PRIMERA

DON FLORO, tipo de viejo sencillo y elegante, y FRANCISCO, el jardinero

FLORO — Nada, no te disculpes; del invernadero pequeño faltan dos tulipanes, y no estoy dispuesto á consentir que personas extrañas pongan en mis estufas sus manos pecadoras.

FRAN. — Yo, señorito... como no haya sido...

FLORO — ¿Qué es es eso de como no haya sido? ¡Aquí á nadie se acusa!

FRAN. — No se acusa; pero se observa, y yo señorito... yo, juraría...

FLORO — Pues jurarías en falso. Ni yo sé quién es, ni tú tampoco; por eso te he llamado, porque quiero que lo averigües. (Transición.) Ya sabes, querido Francisco, que rara vez me enojo, y que cuando me enojo es porque me quitan la razón.

FRAN. — Pero, señorito, por Dios, si se enfada usted á cada instante.

FLORO Porque á cada instante me la están quitando. La estufa del jardín, es... ¿cómo diría yo?... es... la casa de salud de las flores; todas las del jardín son hijas mías, y cuando alguna se troncha ó palidece, la llevo á la estufa, y me parece que tengo una enfermita más dentro de casa; bueno, este amor mío por las flores, tú no lo comprendes.

FRAN. ¿Será la Nicolasa, que las habrá sacudido con los zorros?...

FLORO No estás tú mal zorro. Ya, ya sé que le estás haciendo cocos á la Nicolasa, y que ella no te quiere; es un girasol que te ha vuelto la espalda; pero no te molestes en hablarme mal de ella, porque no la trasplanto. (Francisco se encoge de hombros.) ¡Ah! Oye: ¿has visto á don Deogracias?

FRAN. En el cenador estaba dando lección á Júpiter; el bicharraco ese va á salir de aquí *pa* la Academia.

FLORO ¡Te prohibo que murmures! (Sí que se va poniendo posma con el lorito.) Y, ¿qué le enseña ahora?

FRAN. Muchísimas cosas; entre ellas, una copla que no sé si me acordaré... ¡ah, sí!

«Yo, un vejete tonto
quiero *pa* consorte,
que los viejos sabios
no hay quien los soporte.»

FLORO (¡Uy! ¡Eso lo dice por mí!) Francisco, vete de mi vista.

FRAN. Yo, señorito... le aseguro á usted, señorito...

FLORO ¡Que te vayas, digo!

(Vase Francisco por la derecha.)

## ESCENA II

DON FLORO solo. En seguida JOSEFINA

FLORO Ese don Deogracias se me está subiendo á las barbas; cada día que pasa está más irreverente y más brusco; y la vejez no es una disculpa; yo también soy viejo y sin embargo no gruño.

JOS. (Saliendo por la izquierda.) ¡Papá, papaíto!

FLORO Josefina, hija mía, ¿por qué has madrugado tanto? Ya sabes que el médico te recomienda el sueño.

JOS. Pero si ayer me acosté muy temprano, y además que me siento muy fuerte.

FLORO Sí, que estás bastante mejorada, y es que á tu edad, hija mía, las fuerzas se recuperan pronto. ¡Ah, juventud, divino tesoro!

JOS. Parece que lo dices con tristeza.

FLORO Entristecerse y recordar, es casi lo mismo.

JOS. No tanto, papaíto; yo á cada instante me estoy acordando de lo que te quiero, y cada vez me siento más dichosa.

FLORO Es que tú no vives más que en el presente, y tu presente es todo alegría.

JOS. ¿Y mi pasado?...

FLORO Es presente también.

JOS. Pues lo que á mí más preocupa es mi futuro.

FLORO En ese, aunque no pienses todavía... Lo que tú necesitas es cuidarte y no madrugar tanto.

JOS. Y tú, ¿por qué madrugas, papaíto?

FLORO Porque me gusta ver la salida del sol; el sol, Josefina, es el mejor amigo de los viejos.

JOS. ¿Lo ves, lo ves cómo estás triste? Si se te nota en la cara.

FLORO Preocupaciones tuyas.

JOS. Sí, sí, preocupaciones... Como que no sé yo lo que tú tienes.

FLORO ¿Qué tengo yo? Vamos á ver.

JOS. El recuerdo de Alberto que te quita el sueño,

FLORO ¿A mí, qué me quita el sueño á mí?

JOS. Sí, señor, aunque te enfades

FLORO Alberto es un ingrato, y de los ingratos nadie debe acordarse.

JOS. Pero si tú le quieres como á un hijo.

FLORO Como á un hijo le quise, y eso es lo que más me duele; yo descorrí ante sus ojos el velo de la ciencia; yo le enseñé cuánto sabía y él huyó de mi lado, ansiando saber más.

JOS. ¿Y es ese su delito? Él te ha querido, te quiere y te querrá siempre; lo que pasa es

que como el muchacho ha tenido noticias de tu enojo no se atreve á venir á verte.

FLORO ¿Y á escribirme tampoco se atreve? Por conductos fidedignos he sabido que hace días que ha llegado á la Corte, y ya ves lo poco que se acuerda de nosotros.

JOS. ¡Bah! ¡No hagas caso de eso! Ya verás como cuando menos lo pienses, le tienes aquí. ¡Pobre papaíto! ¡Vamos, no te entristezcas!

## ESCENA III

DICHOS y DEOGRACIAS, por la derecha

DEOG Bueno, eso está bien; (Dirigiéndose á Josefina.) ¿ves tú? Eso está bien; las hijas deben ser cariñosas con los padres.

JOS. Buenos días, don Deogracias.

FLORO Hola, Deogracias.

DEOG Francisco me ha dicho que viniera; usted me dirá para lo que me quiere.

FLORO Le llamaba á usted, con permiso del loro, para suplicarle vigile el jardín y evite, en lo posible, la violación y rapto de mis flores.

DEOG. En esta casa nadie viola, ni rapta, al menos que yo sepa.

FLORO ¡Ah! ¿me va usted á negar lo que yo he visto?

JOS. (Interrumpiendo.) ¡Papá, por Dios!...

FLORO ¿Me va usted á negar que de la estufa chica del jardín faltan dos tulipanes azules? Porque si me niega usted eso, tendré que creer que se ha vuelto usted loco.

DEOG (Muy nervioso.) Josefina, tu padre me está faltando; tu padre me está tirando puyas.

JOS. Vamos, papá, no regañes á don Deogracias.

FLORO Pero si yo no le regaño, si lo que hago es contarle lo que veo.

DEOG. Josefina, dile á tu padre que yo no estoy dispuesto á hacer caso de las cosas que él vea, porque no ve más que visiones.

FLORO Josefina, dile á ese viejo chocho, que aquí no hay más visión que él.

DEOG Josefina, suplícale á tu padre que no me toque al pundonor doméstico.

FLORO Josefina, dile á don Deogracias, y si no, deja, yo se lo diré; usted lo que tiene es mucho pico.

JOS. Vamos, papaíto...

DEOG. Muchísima paciencia es lo que tengo yo.

JOS. Pero, ¡por Dios, papá!

DEOG. ¡Paciencia! ¿Usted paciencia? Será para amaestrar á Júpiter, porque lo que es para otra cosa...

DEOG. ¡Y dale con Júpiter! Pero, ¿qué diablos le ha hecho á usted el pobre loro, para que le tenga usted esa tirria?

FLORO Que tengo los oídos en carne viva de oir decirme insultos.

DEOG. ¡Calumnia; eso es una calumnia! Júpiter no sabe más que el Catecismo, y lo sabe mejor que usted.

FLORO ¿Mejor que yo? ¡Me voy por no hacer un disparate! (Volviéndose.) Me consta que el avechucho ese, me llama viejo sabio y viejo gruñón.

DEOG. Y le hace á usted justicia.

FLORO ¡Don Deogracias!...

JOS. ¡Papaíto!...

FLORO El primer día que el bicharraco ese me dirija una frase mal sonante ó cometa cualquier exceso en mi presencia... muere Júpiter. ¡Pues hombre!... ¡No faltaba más!... (Vase por la izquierda.)

## ESCENA IV

JOSEFINA y DON DEOGRACIAS

JOS. Pero, venga usted aquí, don Deogracias: ¿por qué están ustedes siempre de pelea? ¿No se cansan de reñir?

DEOG. Yo sí que me canso, pero tu padre... tu padre es infatigable.

JOS. Van ustedes á acabar por aborrecerse.

DEOG. ¡Cá! Eso sí que no. Cuanto más reñimos, más nos queremos; llevamos treinta y cinco

años de bronca continua; figúrate si habremos tenido tiempo de acostumbrarnos!

Jos. ¿Y por qué se peleaban ustedes, cuándo eran jóvenes?

Deog. ¡Ah! Pues, ¡por lo mismo que ahora! ¿Por qué ha sido hoy la agarrada? ¿Por los tulipanes? Pues, entonces era por los jazmines, ó por alguna novia que yo le quitaba... ¡siempre cuestión de flores! Una vez llegó hasta á echarme de casa.

Jos. ¿Y usted qué le dijo?

Deog. Que no me daba la gana de irme, que se fuese él, si quería...

Jos. Y él, ¿qué le contestó?

Deog. Me contestó con una silla y yo con un velador.

Jos. ¡Jesús, qué atrocidad! ¿Y no se hicieron daño?

Deog. Dos chichones horribles; pero no pasó de ahí la cosa; en seguida me dió él la razón; yo se la di á él; nos besamos los chichones, y tan amigos. Pero, ahora que me acuerdo; tengo que darte una gran noticia.

Jos. ¿Una gran noticia? ¿Es algo de Alberto?

Deog. ¡Miren la picaruela, qué pronto ha adivinado! Pues, sí señor, de él es; me ha escrito una carta muy larga.

Jos. ¡Ay, qué alegría!

Deog. Yo le he contestado con otra; él me ha vuelto á escribir, y ¿sabes cuál ha sido el resultado de toda esta correspondencia?

Jos. ¿El resultado? ¡Qué sé yo!

Deog. Que dentro de un rato estará Alberto aquí.

Jos. ¿De veras?... Pero, ¿está usted seguro?... ¿Va á venir hoy mismo?

Deog. ¡Hombre, á no ser que el tren descarrile!...

Jos. ¡Ay, no lo quiera Dios! ¡Tengo unas ganas de verle!

Deog. Y él á tí; y lo que es más serio; no solo os vais á ver, si no que dentro de muy poco va á habér en esta casa un matrimonio.

Jos. ¡Vamos!... ¿Quién le ha dicho á usted eso?

Deog. Las palomitas blancas. ¿No sabes tú que ellas son las que me lo cuentan todo?

Jos. Esas son brujerías.

Deog. En las que todos creemos. Cuando es algo bueno, porque es bueno, y todos decimos *inter nos*¿ Y por qué no ha de ser cierto?...» Y cuando es algo malo, porque no podemos por menos de pensar: «¿Y si fuera cierto?» He observado que desde hace ya días, todas las mañanas, las palomitas blancas del jardín se suben revoloteando á tu balcón y allí abaten su vuelo, como si tu balcón las atrajese; esa es una señal infalible; de esta casa va á salir boda.

Jos. Alberto no me quiere.

Deog. ¿Tú, qué sabes, tontuela?

Jos. Mi padre, además, está con él muy enfadado.

Deog. Tu padre está enfadado con todo el mundo.

Jos. ¿Y si tiene novia?

Deog. ¿Novia, llevándote á tí en el corazón?

Jos. Usted me da la vida, don Deogracias.

Deog. Como que la vida es el amor, y de tu amor te hablo.

Jos. ¿Y si no me quiere, y si se equivoca usted á pesar de todo?

Deog. Imposible, yo nunca me equivoco; en esta casa habrá bendiciones; las palomitas blancas de tu balcón son nuncios de boda; las palomitas blancas no engañan nunca; son ramitos de azahar que tienen alas...

## ESCENA V

DICHOS, CLOTILDE y CARLITOS por la derecha

Clot. Buenos días, Josefina.

Jos. Clotilde, buenos días.

Clot. ¡Hola, mi queridísimo señor don Deogracias!

Deog. Dios te guarde, pimpollo.

Car. (Muy exagerado.) Josefina, beso á usted los pies; don Deogracias, beso á usted la mano

Clot. ¡Ay, primo, qué empalagoso eres!

Car. ¿Ya te estás metiendo conmigo?

CLOT. ¡Tonto, más que tonto!
JOS. Vamos, Clotilde, déjale.
CAR. ¡Ya verás tú á mamá!...
CLOT. ¡Ay, hijo mío, que diez y ocho años tienes más poco lucidos!
CAR. Eso es lo que tú no sabes.
JOS. Tiene razón el chico.
CLOT. Don Deogracias, ¿quiere usted hacerme un favor?
DEOG. Tú dirás.
CLOT. Lléveselo usted. (Por Carlitos.) Tengo que hablar con Josefina, y me pone nerviosa ese pasmarote.
CAR. (Aparte por Josefina.) ¡Qué mona es, y cuánto me gusta!
DEOG. Don Carlitos, haga usted el favor de venir conmigo.
CAR ¿A dónde? (En son de protesta.)
DEOG. ¿A dónde le digo, Clotildita?
CLOT. Dígale usted que al Polo Norte.
DEOG. (A Carlitos.) Ahí, á la vuelta, á los invernaderos. Le enseñaré á usted una maceta de liláceas precoces, que acabamos de recibir; ya verá usted que ejemplar tan notable.
CAR. Si son precoces esas liláceas, ya no me resisto. Con su permiso, Josefina. Primita, con tu permiso...
CLOT. Sí, hombre, sí; anda con las lilas.

## ESCENA VI

JOSEFINA y CLOTILDE

CLOT. Tengo que hablar contigo, Josefina. Me trae aquí un asunto muy serio.
JOS. ¡Ah! ¿Con que no es por el gusto de verme, por lo que has venido?
CLOT. No, hija; no me agradezcas la visita; me veo en un conflicto horrible, lo que se llama horrible, y vengo á que tú me saques de él.
JOS. Tu dirás lo que es.
CLOT. ¡Ay, Josefina, soy muy desgraciada!

JOS. ¡Ja, ja! ¿Y lo dices tan seria?

CLOT. ¿Pues cómo quieres que lo diga? ¿Tú conoces á Paquita Molina?

JOS. ¿A la viudita del magistrado?

CLOT. Ya sabes que es una loca de atar.

JOS. Hacéis una perfectísima pareja.

CLOT. Pues has de saber que tenemos pendiente una apuesta; que la apuesta consiste en que en el plazo de treinta días he de tener yo cinco novios distintos, y que hoy vence el plazo y que me falta uno.

JOS. ¿Has tenido ya cuatro?

CLOT. Y de los más apuestos; pero, por más que hago, no doy con el quinto.

JOS. Dile á tu primo Carlos, que te haga el amor.

CLOT. Mi primo no piensa más que en tí.

JOS. ¿De veras?

CLOT. Como lo oyes; ayer me pidió que me declarase á tí, por él.

JOS. ¡Pobrecillo! (Riéndose.)

CLOT. Comprenderás que no le hice caso: además la primera condición de mi apuesta, es que entre mis cinco novios no ha de haber ningún tonto.

JOS. Entonces no te sirve tu primo, y perdona la sinceridad.

CLOT. Estamos de acuerdo: á mí se me ha ocurrido una cosa, y el caso es que no sé si á tí te parecerá bien lo que se me ha ocurrido.

JOS. ¿Vas á hacerle el amor á don Deogracias?

CLOT. No creas que no he pensado en ello, pero tengo un candidato más gallardo...

JOS. ¿De los de la colonia?

CLOT. No está en la colonia todavia, pero según tengo entendido, llegará muy pronto.

JOS. No caigo en quién pueda ser...

CLOT. Tu hermano Alberto: bueno, ya se que no es tu hermano, pero yo le llamo así.

JOS. (Con energía.) Alberto es un muchacho muy serio y por nada del mundo se prestaría á esas niñadas tuyas.

CLOT. ¿Te disgusta mi idea?

JOS. Disgustarme, no; pero no la apruebo; no debo aprobarla.

CLOT. ¡Ah, vamos; ya comprendo! Alberto es tu novio. Acaso vendrá aquí para pedir tu mano. Y yo pretendía... perdóname, Josefina.

JOS. No, si como haber no hay nada...

CLOT. Pero os queréis, ¿no es eso? ¿Y tu padre, qué dice tu padre?

JOS. Nada bueno.

CLOT. ¿Se opone á tus amores? La de todos los padres.

JOS. Como hace ya tanto tiempo que se fué de casa...

CLOT. ¿Y eso qué importa? Yo le convenceré.

JOS. ¿Tú, Clotilde?

CLOT. Yo misma. ¿Qué, no te agrada la plenipotenciaria?

JOS. ¿Pues no me ha de agradar?... pero, ¿serás tú capaz?...

CLOT. Yo soy capaz de todo.

JOS. Menos de encontrar novio.

CLOT. No me hables de eso, que cada vez que pienso en mi derrota... Allí viene tu padre.

JOS. ¡Ay, es verdad!

CLOT. Ahora verás tú si sirvo ó no sirvo para la diplomacia.

## ESCENA VII

DICHOS y DON FLORO, por la izquierda

FLORO Bien venida, Clotildita.

CLOT. Hola, don Floro. ¿A que adivino en lo que está usted pensando?

FLORO ¿En lo que estoy pensando yo? lo veo un poco difícil; pero, en fin, tu dirás. (Durante el resto de la escena, Josefina no hace más que indicar por señas á Clotilde que hable á su padre de lo que han convenido.)

CLOT. Pensaba usted en que estas no son horas de visitas.

FLORO ¡Jesús, qué disparate!

JOS. ¡Mujer, por Dios, no digas eso!

CLOT. Nada, nada; yo reconozco mis ligerezas.

FLORO ¿Y tus tías, como están tus tías? Tan guapas como siempre, ¿verdad?

CLOT. Casi tanto como su sobrina.

FLORO Eso es adelantarse á mis piropos.

CLOT. Las jóvenes del día vivimos muy adelantadas, amigo don Floro.

FLORO Peor para vosotras.

CLOT. Y ¿por qué peor?

FLORO Por que no disfrutáis de vuestra juventud; porque caminais muy aprisa.

## ESCENA VIII

DICHOS y CARLITOS, por la derecha con un ramo de flores

CAR. ¡Cáscaras, el papá! ¿Y como se lo entrego ahora? Y si no se lo entrego ¿qué hago yo con el ramo?

CLOT. Carlitos, Carlitos, ven aquí.

CAR. (¡Me pescó!) (Ocultando el ramo.) Felices, don Floro.

FLORO Hola, pollo. (No sabe Carlitos qué mano alargar ni dónde meter las flores.) ¿Qué le pasa á usted?

CAR. Nada, nada.

CLOT. Mira, primito, vas á hacerme un favor.

CAR. Tú dirás, primita.

CLOT. Hacer compañía á Josefina, mientras que hablo aquí con su papá de un asunto muy grave. ¿Me quiere usted escuchar un momento, don Floro?

FLORO Con alma y vida, hija mía.

CAR. Por mi parte encantado.

JOS. Yo también encantada.

CLOT. Todos encantados. (A Carlitos.) Pero ¿qué llevas ahí? ¡Uy, qué ramo tan bonito! ¿Es para mí, verdad?

CAR. No; digo sí; para tí es, ya lo creo.

CLOT. ¿Y á Josefina?... ¿Cómo no le has hecho otro?

CAR. ¿A... á... á... Josefina? ¡Ahora mismo, ahora mismo! (Con afán.)

FLORO (Este chico es tonto.)

CLOT. Acompáñále, Josefina, porque si no se va á hacer un lío.

JOS. Con muchísimo gusto. (*Bajo á Clotilde.*) Háblale al corazón.

CLOT. (*Bajo á Josefina.*) Descuida.

FLORO. Que no me vayais á tocar ninguna flor de la estufa.

JOS. Descuida, papá. (*Vanse Josefina y Carlitos por la izquierda.*)

CAR. Vaya usted con Dios, don Floro.

FLORO. Adiós, hombre, adiós, y tranquilícese usted, que aquí no nos comemos á nadie, (*A Clotilde.*) Vamo s nosotros por aquí. (*Señalando la derecha.*)

CLOT. Por donde usted quiera.

FLORO. Tu dirás lo que tienes que decirme.

CLOT. Pues verá usted, don Floro... (*Mutis, cada pareja por su lado.*)

## ESCENA IX

DON DOEGRACIAS y ALBERTO

DEOG. (*Por la derecha, último término. Abrazando á Alberto.*) ¡Otro abrazo, Alberto!

ALB. ¡Don Deogracias, por Dios, que me va usted á deshacer!

DEOG. Si no me canso de estrujarte. ¡Pero qué guapo estás, y qué bigotes tienes! ¡Jesús lo que has crecido! Oye, Albertito, si no recuerdo mal, cuando te marchaste era yo más alto que tú.

ALB. Y ahora en cambio...

DEOG. ¡Anda, anda! Si te puedo servir de bastón, como quien dice. Pero, oye, ¿cuándo has llegado?

ALB. Ahora mismo, en el primer tren.

DEOG. Tienes razón; ¡qué tonterías pregunto! ¿Y de dónde vienes?

ALB. De Madrid, ¿no lo sabe usted?

DEOG. ¡Ay, es verdad! No me hagas caso: estoy en Babia. ¡Qué alegrón, Dios mío, qué alegrón!

¡Y qué sorpresa la que se va á llevar don Floro!

ALB. ¿Cree usted que me recibirá bien?

DEOG. ¡Pues no faltaba más!

ALB. Como me han dicho que está tan enfadado.

DEOG. ¿Y eso qué tiene que ver?

ALB. Yo comprendo que he debido escribirle con más frecuencia, pero como él me lo prohibió...

DEOG. ¡Chifladuras de viejo! ¿Sabes lo que le pasa á don Floro? ¡Que te tiene envidia!

ALB. ¿Envidia él á mí?

DEOG. ¡Sí, señor; porque sabes más que él; porque eres más listo! ¡Que se fastidie!

ALB ¿Y Josefina?... ¿Qué me cuenta usted de Josefina?

DEOG. ¡Esa sí que es el ángel de la casa! No sabes la pobrecita lo mala que estuvo... pero en cambio ahora... ¡da gloria de verla!

ALB ¿Y durante mi ausencia, se ha acordado de mí? ¿me ha nombrado mucho?

DEOG. Constantemente. Si no piensa en otra cosa.

## ESCENA X

DICHOS y JOSEFINA por la izquierda

DEOG. Mírala, Albertico, mírala. El capullo más lozano del jardín. (Hace mutis por la derecha)

JOS. ¡Alberto!

ALB ¡Josefina! ¡Qué hermosa estás! No, ¡qué ha de ser capullo! ¡Es ya una flor, toda una flor espléndida! ¡Qué bonita estás, chiquilla!

JOS. ¿Me encuentras linda? ¡Bah! Tú sí que estás hecho un real mozo. ¿Te acuerdas de cuando te pegaba bofetones en aquellos carrillotes que tenías de niño bobo?

ALB. ¡Ya lo creo! Se olvida todo, menos esa ingenuidad de la niñez. (Sentándose.) Cuéntame algo de tu vida. Tantos años de ausencia ya tienen algo que contar.

JOS. No lo creas, Alberto. Mi vida de ahora es la

de ayer, y probablemente la de mañana. (Suspira.)

ALB. ¿Te entristece tu vida?

JOS. ¡Es tan monótona!

ALB. Yo te la envidio, Josefina.

JOS. ¿Tú? ¡Tú, que vuelas siempre de un lado para otro!

ALB. Por eso, porque vuelo siempre, como un ave loca, sin posarme nunca. El huracán desatado que todo lo altera, envidia al manso y humildísimo arroyuelo, que, monótono, inalterable, se arrastra por la tierra, siempre igual, siempre igual. La monotonía es la paz, y la paz es la dicha.

JOS. No lo creas. Yo leí una vez en un librote de mi padre que no hay monotonía más irresistible que la monotonía de lo sublime.

ALB. Eso gustan de decir los filósofos que viven de complicar la vida. La vida es muy sencilla. Ya ves, las almas más felices son las más toscas, las menos refinadas, las que solo necesitan, como las flores, calor de sol para vivir.

JOS. Entonces, ¿tú no serás feliz?

ALB. ¿Por qué, Josefina?

JOS. Porque has corrido mucho, y cuando se pasa, así como tú, por el mundo, parece que se va dejando un poco de alma en cada pueblo, y que nos vamos llevando algo del alma de cada pueblo con nosotros.

ALB. ¿Y cómo sabes eso, tú, que nunca viajaste?

JOS. ¿Conoces nada que viaje tanto y tan de prisa como la imaginación cuando el alma la echa á volar? Ya sé que has tenido muchos triunfos.

ALB. He trabajado mucho y he tenido mucha suerte.

JOS. Leímos en un periódico que te habían premiado en Alemania un trabajo sobre la decoloración de las flores.

ALB. Sí, en Alemania. ¡Gran país! El más sentimental, el más romántico. No se me olvidará nunca el día que hice ante la Real Academia mi última experiencia. Estaba

el salón espléndido de mujeres. Me miraban con curiosidad. Un español siempre excita la curiosidad en todas partes. Me trajeron una magnífica maceta de dalias rojas, llena de alegría y de savia, como la cara de los alemanes. La cogí, la expuse á la temperatura especial de mi invento, y aquellas hojas vigorosas, rutilantes, espléndidas, se fueron apagando en una agonía de luz... El público seguía ansioso la agonía de mis flores, y cuando marchitas, fracasadas, incoloras, cayeron sobre la mesa, mi triunfo no estalló en bravos y palmadas, se tradujo en las súplicas de unas pobres muchachas sentimentales y lindas, que, llorando, como si las flores muertas fuesen desengaños de sus almitas blancas, me dijeron: «¡Español! ¡Español! ¡Resucítalas!...

JOS. ¿Y qué hiciste tú entonces? ¿Les diste vida de nuevo?

ALB. ¡Imposible! ¿Cómo dársela? Pero ¿qué es eso?, Josefina? ¿Lloras?

JOS. Oyeme, Alberto; si es verdad que lo sabes todo, ¿por qué no aprendes á resucitar las flores? Aquellas muchachas que te lo pedían eran flores también...

ALB. ¡Josefina! ¿Qué quieres decirme?

JOS. ¡Nada! Sigue... sigue el relato de tus triunfos.

ALB. No; hablemos de tí; me interesan más tus secretos; ¿tienes novio?

JOS. No. ¿Para qué?

ALB. Para casarte con él; para ser feliz.

JOS. ¿Para ser feliz? (Pausa. Suspira.) No; no tengo novio.

ALB. Lo siento por él. Y yo que pensaba hallarte hecha toda una señora formal con tu maridito.

JOS. Pues, ya lo ves. Me encuentras aquí, como siempre, viviendo esta vida de invernadero á que mi padre me sujeta.

ALB. Es que tu padre, Josefina, perdóname, no es porque sea tu padre ¡claro! pero es muy egoísta.

JOS. No. Es que no se fija en nada que no sean sus flores.

ALB. ¿Y quieres más egoísmo que no fijarse en otra vida que su vida?

JOS. ¡Alberto!

ALB. Nadie tiene derecho á matar una juventud encerrándola como á las flores tísicas y endebles. Los padres que meten á sus hijos en esas casas y en esas escuelas, que son como estos invernaderos donde se vive una vida artificial, los verán caer en cuanto salgan á la vida, porque la vida es la verdad; es mala y es buena; es inmoral y santa, y tienen que chocar rudamente contra ella, y tienen que caer. No les han dicho que hay ladrones y llevan los bolsillos de par en par. Cuando les han robado, aprenden que hay ladrones, y se abrochan. ¿No sería mejor que lo hubieran aprendido antes? Y no es por lo que pierden en el robo, es por lo que pierde la poesía de su candor cuando se enteran de que en la vida, los hombres y las cosas no son como en los invernaderos artificiales...

JOS. Tienes razón. Yo siento lo mismo que tú dices, aunque no puedo expresarlo.

ALB. ¿Te gustaría vivir á mi lado?

JOS. ¿A tu lado? ¡Sí! Pero eso no puede ser.

ALB. ¿Por qué no puede ser?

JOS. Porque no soy tu mujer.

ALB. ¿Y por qué no lo eres?

JOS. Pues, porque... porque no lo soy. Nosotros siempre hemos sido hermanos.

ALB. Es verdad. Y eso seremos siempre. ¿Cómo ha de ser mi vida loca para ti? ¿Cómo tu podrías ir conmigo á comer el pan de todos los pueblos?

JOS. Eso no.

ALB. Eso sí; Josefina, yo vine á descansar, á estar con vosotros un momento y á huir de nuevo. Y de nuevo huiré mañana...

JOS. ¿Huir? ¿Por qué, Alberto?

ALB. Porque cuando se huye, no se está.

JOS. ¿Y por qué no estar? ¿Por qué no quedar siempre?

Alb. Es también muy hermoso quedar siempre, ¿verdad?
Jos. Muy hermoso.
Alb. Y vivir ajenos á toda ambición, muy quietos, en una quietud hermosa de flores, que no hablan y se miran.
Jos. Y se aman.
Alb. ¡Quién pudiera vivir así!
Jos. ¡Como tú sueñas!
Alb. ¡Como las flores!

## ESCENA XI

DICHOS; DON FLORO, CLOTILDE, DEOGRACIAS, y en seguida CARLITOS. Todos salen por la derecha

Floro ¿Dónde, dónde está ese maestrazo?...
Alb. ¡Don Floro!... (Abrazándole.)
Deog. Le he tenido que traer casi en brazos. No quería venir.
Alb. ¿Y por qué es eso, don Floro?
Deog. (Cogiendo las flores á Carlos.) Son para los floreros, ¿verdad?
Car. ¡Eh, don Deo... don Deogracias, que son para las muchachas! ¡Nada, que no hay medio de que yo consiga ser galante en todo el día!
Floro Una amiguita de Josefina.
Alb. Tanto gusto...
Floro ¿Mira que decirme este viejo chocho, que no tenía yo gusto en verte? Pero, si al fin y al cabo, es y será siempre mi discípulo...
Clot. Carlitos, Carlitos, no te me pierdas.
Car. Eso te digo yo á tí, Clotildita. Y no te las eches de hermana mayor, porque voy á decir á todo el mundo que á pesar de ser tan grandullona, te andas todavía en el Juanito.
Floro Pues sí, hombre, sí. Ahora nos quedaremos solos y me explicarás todos tus adelantos. Andad, hijos míos, pasead un rato por el jardín, que Alberto y yo nos vamos á dar á la ciencia.

CLOT. ¡Qué antipáticos se ponen los hombres, cuando tienen que hablar de sus cosas!

CAR. ¡Pues mira que las mujeres!...

CLOT. ¡Carlitos, Carlitos, no me desazones!

CAR. ¡Cómo te gusta hacer de mamá!

CLOT. Porque mamá me lo permite.

CAR. Para que tu papá la permita á ella hacer de niña. ¡Buenas estáis las mujeres!

CLOT. ¡Pues mira que los hombres!... (Mutis Josefina, Clotilde y Carlos por la derecha.)

## ESCENA XII

DON FLORO y ALBERTO

FLORO Bien, Albertito, bien. Siéntate, hombre. Echaremos un cigarro y charlaremos un rato.

ALB. Tome usted, don Floro. (Dándole un cigarro.)

FLORO ¡Buen tabaco fumas! ¿Cómo se llaman estos cigarrillos?

ALB. ¡Imperiales!

FLORO ¡Mire usted que es gusto el de dividir los cigarrillos en partidos políticos! Los míos deben de ser anarquistas, porque aspiran á la destrucción de mi gaznate.

ALB. ¿Y qué vida lleva usted aquí?

FLORO La de siempre; trabajar atenido á los viejos preceptos de mis maestros. Tú ya sé que has conseguido muchos éxitos. No sabes lo que me he alegrado, pero no te engrías, no desdeñes la tradición á la que todo lo debes.

ALB. La ciencia, don Floro, no debe tener moldes. La ciencia no progresará nunca, porque entre ella y el progreso, hay un obstáculo infranqueable; la rutina.

FLORO ¡La rutina! ¿Llamas rutina al estudio de los sabios que nos precedieron?

ALB. Al de los sabios, no. Fueron sabios porque se sobrepusieron á la rutina. El hombre tiene el deber de crear.

FLORO Pero no el de destruir.

ALB ¿Y por qué no? Dios fué el único creador que no destruyó, porque antes que los Mundos, no había creado nada; pero si ahora tuviese que crear otros Mundos perfectos, destruiría éstos.

FLORO Me resultas tan anarquista, como mis pitillos.

ALB. Nada de anarquía, don Floro.

FLORO Pero, vamos á ver... ¿No acabas de tener un buen éxito en Berlín, con la decoloración de las flores?

ALB Sí, señor.

FLORO Perfectamente. Pues para lograr esto, ¿no has tenido que aceptar los principios establecidos, y someter las flores á una temperatura mínima?

ALB. No, señor.

FLORO ¡Canario! ¿Cómo que no?

ALB. No, señor. Las he sometido á una temperatura máxima.

FLORO ¿Qué demonios estás diciendo?

ALB. Usted no comprendía la decoloración mas que por el frío. Yo la he obtenido por el calor.

FLORO No puede ser.

ALB. No lo dude usted, don Floro.

FLORO Te digo que no puede ser.

ALB. El defecto de los rutinarios. ¡No conciben el progreso, y lo niegan! Iguales son las almas pequeñas; niegan á Dios, porque no le conciben.

FLORO No puede ser. Alberto, tú y yo no podremos estar de acuerdo nunca. Hasta presiento que aquel gran afecto que te tuve...

ALB. ¿Ha desaparecido?

FLORO Culpa tuya sería.

ALB. ¿Eso es que me rechaza usted?

FLORO Eso es que abomino tus teorías disolventes, que no quiero escucharte, que me sublevo oyéndote.

ALB. ¡Don Floro!

FLORO ¡Don cuerno! Mientras profeses esas teorías, no te acuerdes del santo de mi nombre! Ya lo sabes.. ¡Pues hombre!

ALB. Está bien, don Floro. No creí que se me recibiera así en esta casa.

FLORO Pero, hombre, si yo esperaba á mi discípulo Alberto y me he encontrado con Kuropakín.

ALB. Como usted quiera. Mañana me volveré á Alemania. Necesitaba calentar mi alma, al calor de los únicos afectos que tengo en la tierra; usted y Josefina. Veo que ni aún esos me quedan. ¡Adiós, don Floro!

FLORO Si dejases esa manera de pensar...

ALB. No quiero ser traidor. Cuando se lleva en el alma la clarividencia del triunfo, cuando se lucha por la verdad, el que retrocede es un traidor. ¡Don Floro, buenas noches! (Mutis por la derecha.)

## ESCENA XIII

DON FLORO solo, pausa

¡Se me ha enfadado Kuropakín! Bueno, ya se le pasará. Y si no, que no se le pase. ¡Pues hombre, tendría gracia! Me he pasado yo aquí toda mi vida, volviéndome loco en el laboratorio, y éste monigote, en dos minutos me ha resuelto la teoría con una sencillez aplastante No, si como listo, es listo. Al fin y al cabo, es discípulo mío, y no es porque esté yo delante. ¿Se le pasará el arrechucho? ¡Bah! Voy á ver mis flores. (Mutis por la izquierda.)

## ESCENA XIV

CLOTILDE; luego DON DEOGRACIAS, los dos por la derecha

CLOT. ¡Me falta uno, me falta uno! Uno, dos, tres, cuatro. Nada, me falta uno. Y ¿de dónde saco yo un novio antes de que anochezca? ¡Qué lástima! Voy á perder la apuesta y van á creer mis amigas que no tengo partido.

DEOG. ¡Adiós, señorita Clotilde!

CLOT. ¡Ay! ¡Don Deogracias! (Si no fuese tan viejo... Pero después de todo es un hombre...) ¡Ay, don Deogracias! (Suspirando)

DEOG. ¿Qué te pasa, hija mía?

CLOT. Don Deogracias, ¿usted no ha tenido novia ninguna vez en su vida?

DEOG. Algunas han caído. ¿O es que te crees que me he pasado la vida en el *Herbarium* de don Floro?

CLOT. ¿De modo que ha tenido usted muchas novias?

DEOG. Se ha hecho lo que se ha podido.

CLOT. ¿Y eran muy guapas?

DEOG. Sin menospreciarte á ti, las había magníficas. Una de ellas se llamaba Rosa. Parece que la estoy viendo: coloradita, rubia, buenas carnes... Cuando estaba yo más entusiasmado se casó con un primo, con un primo que la creía una santa. A los siete meses tuvieron un hijo coloradito, rubio, de buenas carnes.

CLOT. ¿Sietemesino?

DEOG. No: con la edad cabal. (Me consta.) Después tuve varias novias. Con unas estuve si caigo ó no caigo. Con otras estuve si me levanto ó no me levanto. Unas me quisieron más que otras. Otras me quisieron menos, pero me explotaron más. Otras, á los tres días de relaciones, me decían: «Adiós, Deogracias.»

CLOT. ¿Y usted qué decía?

DEOG. ¡Amén!

CLOT. ¿Y por qué no buscó usted una novia que no le engañase nunca?

DEOG. Porque en mi tiempo no las había.

CLOT. Ahora sí.

DEOG. ¿Estás segura?

CLOT. Como de mí misma.

DEOG. Y ¿estás muy segura de ti misma?

CLOT. Don Deogracias, ¿quiere usted ser mi novio?

DEOG. ¡Canario! ¡En mi tiempo nos declarábamos los hombres á las mujeres!

CLOT. ¡Pero si es en broma!

DEOG. Estoy comprometido.

CLOT. Mire usted. Usted era mi novio hasta mañana.

DEOG. ¿Y mañana?...

CLOT. Mañana tengo ya otro novio.

DEOG. (Como mis novias. Menos mal que ésta lo confiesa.)

CLOT. Es que necesito tener cinco novios antes de que anochezca.

DEOG. ¿Cinco nada má ?

CLOT. ¿Le parecen pocos?

DEOG. Muy pocos para quien merece una vicaría.

CLOT. No me falta más que uno.

DEOG. ¿Nada más? ¡Vaya, pues resignémonos á hacer el quinto hasta mañana! ¿Qué hay que hacer?

CLOT. Nada. ¡Somos novios!

DEOG. Pues yo creí que había que hacer, ó por lo menos decir algo.

CLOT. No; para eso tengo á los otros cuatro.

DEOG. ¡Vaya, menos mal!

## ESCENA XV

DICHOS y JOSEFINA por la izquierda

JOS. Don Deogracias, ¿se marchó ya Alberto?

DEOG. Creo que sí.

JOS. Papá me ha dicho que ya no volverá más.

CLOT. ¡Qué lástima! Oye, Josefina, he ganado mi apuesta: Don Deogracias es mi novio.

JOS. ¡Déjame de tonterías!

CLOT. ¿Cómo tonterías? Pero oye, Josefinita. ¿Qué te pasa? ¡Qué pálida estás!

DEOG. Es verdad. ¿Qué te ocurre, muchacha?

JOS. No lo sé; que me ahogo en el invernadero; que necesito salir al aire libre; que no soy flor de estufa, ¡y que me muero!

## ESCENA XVI

DICHOS y ALBERTO por la derecha

ALB. ¡Josefina! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?
JOS. ¿Te vas? ¿Es verdad que te vas?
ALB. ¿Y lloras por eso?
JOS. ¡Por eso lloro!
ALB. ¡Josefina, bendita seas!
DEOG. (Cogiendo la regadera y haciendo mutis.) ¡Amén! Señorita Clotilde, vámonos. No quiero que mis prometidas hagan malos papeles.
CLOT. ¿Se aman? ¡Qué lástima!
DEOG. Pero, ¿no te basta con el quinto? (Mutis por la izquierda.)

## ESCENA XVII

JOSEFINA y ALBERTO

ALB. ¿Lloras por mí, Josefina?
JOS. ¿Por quién si no?
ALB. Perdona mi egoísmo: pero, ¡bendito el dolor que te hace llorar!
JOS. ¿Te irás?
ALB. Mañana.
JOS. ¿Para siempre?
ALB. Hasta que Dios quiera.
JOS. ¿No nos veremos más?
ALB. Yo sí. Con mirarme hacia dentro, te veré siempre.
JOS. ¡Alberto, no te vayas!
ALB. ¿Qué he de hacer aquí?
JOS. ¿Necesitas preguntármelo?
ALB. Josefina, yo tampoco quiero irme. Tú no sabes lo triste que es la vida sin amor.
JOS. ¡Más triste es el amor sin vida!
ALB. Josefina, si esa gloria por la que luchamos existe, no puede ser otra cosa que una mujer que ame. ¡Tú eres mi gloria!

JOS. Y tú mi amor, que es la gloria de las mujeres que no luchan.

ALB. ¡Amor! ¡Gloria!

JOS. ¡Alberto!

ALB. Es verdad. La gloria y el amor cuando se ama, tiene el nombre del ser querido. ¡Josefina!

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON FLORO, CLOTILDE, DEOGRACIAS y CARLITOS por la izquierda

FLORO Josefina, ¿qué tienes, hija mía? Me han dicho que estás enferma; ¿qué tienes?

JOS. Ya, nada.

FLORO Me dijeron que perdiste el color.

DEOG. En cuanto supo que Alberto se marchaba.

FLORO Pero si ahora tiene el color de siempre.

DEOG. Es que ha vuelto Alberto.

FLORO (Pausa. Mira el grupo de felicidad que forman Josefina y Alberto. Se quita el gorro, se rasca la cabeza, se pone el gorro y al fin dice:) ¡Soy un melón! Perdóname, Alberto. Vales más que yo. No solo sabes quitar el color á las flores, sino que sabes también devolvérselo. Vales más que yo. ¿Qué quieres de mí?

ALB. Una flor de su estufa que necesita aire y amor.

FLORO Llévatela y no olvides nunca que es la flor de más valía de este pobre botánico chiflado.

CAR. Aprende á querer, tú que eres novio de todo el mundo, mientras no se demuestre lo contrario.

ALB. Le participo á usted que soy su quinto novio.

CLOT. No; ya no quiero más novios, si no es para casarme.

DEOG. Dimito.

ALB. Gracias, don Floro; gracias, maestro.

FLORO No, maestro, no. Ya no soy maestro de nadie. La vida es la verdadera maestra de todos.

ALB. Es verdad: es la que hace que viejos y jóvenes, camaradas y enemigos, se unan para una obra, para el amor; para el amor, que es la ciencia infinita; porque ¿de qué sirve saberlo todo, si no se sabe cómo se ama?

JOS. Y esa ciencia no necesita libros. La enseñan los pájaros, las flores, la Naturaleza toda, las cosas y los séres, cuanto palpita y cuanto vive, que en su lenguaje misterioso está repitiendo continuamente... ¡Amor! ¡Amor! ¡¡Amor!!

FIN DE LA COMEDIA

# OBRAS DE LINARES BECERRA

## TEATRO

Los dos cienos.
¡Gloria á Cervantes!
Granete.
Alma española.
La canción de la bruja.
El caserío.
El dominó verde.
Alma Negra. (3.ª edic.)
Verderón.
El calor del nido.
El belén nacional.
Corazón serrano.
Entre tejas.
La nubecita.
El castillo de las águilas.
Como las flores.

## POESÍAS

Canciones rebeldes (prólogo de Salvador Rueda)

## EN PRENSA

En olor de santidad (novela).

## EN PREPARACION

Poemas errantes (artículos).
Sin alma (novela).

# OBRAS DE JAVIER DE BURGOS

---

¡*Gloria á Cervantes*! Estrenada en el Teatro de la Princesa de Madrid, con música del maestro Candela.

*Alma-Negra.* Teatro de Novedades de Madrid. Música del maestro Chaves. (3.ª edición).

*La canción de la bruja.* Campos Elíseos de Bilbao. Música del maestro Puchades.

¡*El pobrecito príncipe*! Teatro de Eslava de Madrid. Música de los maestros Calleja y Lleó.

*Astronomía popular.* Teatro de Novedades de Madrid. Música de los maestros San Felipe y Vela.

*El caserío.*

*La calumnia.* Coliseo España de Madrid. Música de los maestros Candela y Goncerlián.

*El dominó verde.*

*El pillín de Gangonete.* Teatro Cómico de Barcelona. Música del maestro Fontanals.

*El grito de independencia.* Teatro de Novedades de Madrid. Música del maestro Giménez.

*El belén nacional.* Coliseo del Noviciado de Madrid. Música de los maestros Candela y Goncerlián.

*Justicia baturra.* Teatro de Novedades de Madrid. Música de los maestros San Felipe y Vela.

*La nubecita.* Teatro de Novedades de Madrid.

*El castillo de las águilas.* Teatro Martín de Madrid. Música del maestro San José.

*Como las flores.* Teatro Lara de Madrid.

(Todas en colaboración.)

Precio: UNA peseta